



II

PEDRO RIERA

HOMBRE LOBO

LOS BERSEKIR



edebé

LOS BERSEKIR

PEDRO RIERA

HOMBRE LOBO

LOS BERSEKIR

edebé

© Pedro Riera, 2012

© de la edición: EDEBÉ, 2012
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Diseño de cubierta: Francesc Sala
Ilustración de cubierta: Paul Mudie

Primera edición, marzo 2012

ISBN 978-84-683-0396-3
Depósito Legal: B. 32178-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Para Carlos y Mireia

1

Eduardo no soportaba su vida en la ciudad. En los dos meses que llevaba allí, no le había sucedido nada bueno. Los fines de semana eran especialmente horribles. Cada sábado, su padre le encerraba en el siniestro sótano de la casa grande y le obligaba a transformarse. Y Eduardo detestaba transformarse. El dolor era insoportable. Siempre empezaba con aquellas atroces sacudidas en el estómago. Y a partir de ahí, empeoraba rápidamente. Era como si la fiera que albergaba en su interior no pudiera esperar a tomar control sobre su cuerpo y se abriera paso a zarpazos, presa de un violento frenesí. El chico sentía cómo le rasgaba la carne y los nervios, cómo le descoyuntaba los huesos, creciendo dentro de sí, hasta que algo estallaba en su cabeza. Sólo entonces alcanzaba una inquietante paz.

Su padre le decía que acabaría por acostumbrarse a ese tormento, pero él estaba convencido de que eso era imposible. Los domingos se los pasaba en cama recuperándose del tremendo esfuerzo que exi-

gían las transformaciones, con todo el cuerpo dolorido, y sumido en un estado de profunda tristeza. A Eduardo le turbaba enormemente la oleada de placer que le embargaba cuando, una vez convertido en hombre lobo, se lanzaba sobre un indefenso cordero para hundir los dientes en su garganta y devorarlo. El recuerdo le llenaba de vergüenza y le provocaba un profundo sentimiento de culpa. Se veía a sí mismo como un monstruo detestable. A levantar su estado de ánimo tampoco ayudaba nada que echara tanto de menos a Alba. Desde que renunciara a ella, su amor no había dejado de crecer y se sentía muy desgraciado.

El resto de la semana no era mucho mejor.

El ambiente en su nuevo instituto era muy hostil. Sus compañeros se comportaban de forma agresiva, tanto las chicas como los chicos. Todos se miraban desafiantes entre sí y se estaban provocando continuamente. Una sonrisa o una palabra amable se consideraban un signo de debilidad y eran motivo de burla inmediato. Las peleas eran frecuentes. Los profesores conseguían mantener la paz dentro del instituto, pero no tenían más remedio que desentenderse cuando el altercado sucedía fuera del recinto, aunque se produjera frente a la misma puerta de entrada.

Hacia tres años, el director había intervenido para rescatar a un alumno al que estaban pegando una paliza entre cinco compañeros en plena calle. La respuesta no se hizo esperar. Esa misma noche le quemaron el coche. Y se rumoreaba que fue el chico al que el director ayudó quien lo incendió. De esa forma, habría recuperado su honor, demostrando

que él ni había pedido ni necesitaba la ayuda de nadie para resolver sus problemas, y mucho menos la del director. Desde ese día, se había impuesto una ley no escrita que dictaba que los profesores no tenían ninguna autoridad fuera del instituto. Y ellos, por la cuenta que les traía, la acataban. Después del incendio del coche, el director removió cielo y tierra para conseguir que cada día hubiera una patrulla de policía a la salida del instituto. Pero la medida sólo se aplicó durante unas semanas. Aquél era un barrio conflictivo en el que se cometían delitos graves y la policía no podía asignar permanentemente a dos de sus agentes a evitar peleas entre adolescentes.

Sobre el papel, Eduardo tenía todos los números para convertirse en víctima de aquellos chicos, que no desaprovechaban ninguna ocasión para ensañarse con los nuevos, y más si se habían incorporado tarde al curso. Sin embargo, a él apenas le molestaron. La difícil situación personal que estaba atravesando hizo que la agresividad y las provocaciones de sus nuevos compañeros le parecieran una nimiedad, y se las mirara desde la distancia, con sincera indiferencia.

Todos le tomaron por un tipo duro. Y esa opinión se confirmó durante su tercera semana de clase, cuando a la salida del instituto, Canito, un chico de diecisiete años, dijo que le gustaban sus zapatillas y le ordenó que se las diera. Eduardo sabía que, por su condición de hombre lobo, podía tumbar a ese chico de un solo puñetazo. Y no sólo a él, también a los dos amigos que le acompañaban.

—¿Por qué no me las intentas quitar? —le retó sin inmutarse.

Canito tenía fama de ser el tipo más peligroso del instituto. Muchos fines de semana, o cuando había partido, se juntaba con una pandilla de *skinheads* y, con ellos, se dedicaba a cazar inmigrantes por las calles. La policía le había detenido en tres ocasiones por agresión y su nombre había aparecido en la prensa relacionado con el apuñalamiento de un seguidor de un equipo de fútbol rival, aunque en el juicio se demostró que él no había participado en la reyerta y fue absuelto. Además, últimamente se rumoreaba que estaba a prueba para ser admitido entre los cachorros de los Bersekir, una banda extremadamente violenta y misteriosa, sobre la que circulaban todo tipo de leyendas. Por ello, lo último que se esperaba Canito era que un recién llegado, y dos años más joven que él, le plantara cara. La seguridad y la determinación de Eduardo le desconcertaron y no supo cómo proceder.

Eduardo le aguantó la mirada, listo para golpearle en cuanto detectara el menor indicio de que se decidía a atacar. Pero Canito no atacó. Eduardo le dio la espalda y se alejó tranquilamente. Desde entonces, nadie le había vuelto a molestar. Y mucho menos Canito. El joven había atisbado un destello de fiereza animal en la mirada de Eduardo que le había helado la sangre. Así que evitó la confrontación y actuó como si le hubiera perdonado la vida. Dos días después, cuando se cruzó con Eduardo en el patio, miró hacia sus zapatillas y comentó en voz alta:

—Y pensar que estuve a punto de mancharme los nudillos de sangre por esa mierda de zapatillas. Qué bruto soy. Si ni siquiera son de mi número.

Los que estaban con él soltaron una carcajada ante esa salida y el asunto quedó zanjado. A nadie se le pasó por la cabeza que Canito tuviera miedo de Eduardo, lo mismo que nadie parecía darse cuenta de que todas las supuestas proezas que le habían convertido en el tipo más duro del instituto las había conseguido apalizando a gente indefensa y aterrada en compañía de veinte *skinheads*.

En el instituto tampoco pasó inadvertido que Eduardo había plantado cara a Canito. La reputación que adquirió gracias a ese incidente le habría permitido hacer amigos con facilidad, pero él oía hablar a sus compañeros y sentía que no tenía nada en común con ellos. Su pesimismo le impidió ver que detrás de todas aquellas poses chulescas había muchos chicos normales, que sólo trataban de sobrevivir en un ambiente muy difícil. El resultado fue que Eduardo no hizo ningún amigo y, cada día que pasaba, se sentía más y más solo.

A su soledad contribuyó, y mucho, que nunca pudiera ver a su padre hasta bien entrada la noche. Eduardo sabía que algo estaba pasando. Algo malo. Mauricio Carrasco, su padre, había sobornado a un funcionario del Registro Civil para cambiarle el apellido por Alonso, le había inventado un pasado, y había alquilado un pequeño apartamento sólo para él. Y todo para que nadie conociera su paradero. Durante el día, Mauricio hacía su rutina de los últimos años en la casa grande, como si no se hubiera producido ningún cambio importante en su vida. Luego, alrededor de medianoche, apagaba todas las luces y se escabullía por la puerta de atrás para reunirse con su hijo en el apartamento. Ése era el

único momento que padre e hijo tenían para ellos. Sin embargo esas visitas se habían ido espaciando, hasta el punto de que, en la última semana, Eduardo sólo había visto a su padre una vez.

El chico sabía que el asunto debía de ser muy grave, pero por mucho que había interrogado a Mauricio sobre el tema, él se negaba a contarle qué estaba sucediendo. Y eso le estaba volviendo loco.

Mauricio Carrasco llevaba tres cuartos de hora a oscuras, vigilando la calle desde la ventana de su habitación. Un rato antes había creído percibir un movimiento junto a los cubos de basura de la esquina, pero quizás únicamente se trataba de un perro, o de uno de los vagabundos que vivían en el descampado. Cualquiera otra noche, esa mínima duda habría bastado para cancelar la visita a su hijo, pero al día siguiente tenía que abandonar la ciudad y sabía que era importante decírselo a Eduardo en persona. Desde que descubriera los panfletos de los Bersekir en el suelo del armario del dormitorio de su hermano Alberto, sus sospechas habían empezado a tomar forma y había extremado las precauciones. Ya no creía que aquel grupo de chicos que había sorprendido merodeando por los alrededores de la casa estuvieran allí por casualidad. La mirada de Mauricio se detuvo sobre el grafiti de la cabeza de lobo que había en uno de los pocos tramos no derruidos del muro del descampado. La expresión de su rostro se endureció. Mauricio todavía tenía esperanzas de que Alberto no se hubiera juntado con esa pandilla de

descerebrados. Los folletos eran de un concierto que había tenido lugar hacía dos años y, quizás, no estuvieran relacionados con la presencia de esos chicos en el barrio. De todas formas, urgía localizar a Alberto y sacarle la verdad. Unirse a los Bersekir era exactamente el tipo de estupideces que él era capaz de hacer.

A las doce y media, después de otros veinte minutos de espera, se deslizó fuera de la casa por la puerta trasera con mucho sigilo. Dio varios rodeos y, sólo cuando estuvo seguro de que nadie le seguía, fue al apartamento de su hijo. Al entrar, se encontró a Eduardo paseando arriba y abajo por la estrecha sala.

—Ya pensaba que no ibas a venir de nuevo —dijo el chico con malhumor.

—Tienes que ser más paciente. Si no hubiera podido venir, te habría llamado.

—No quiero ser paciente. Quiero saber qué está pasando.

—Haz el favor de tranquilizarte.

—Papá, por favor, necesito saberlo.

—Deja que yo me encargue de todo, Eduardo. Tú preocúpate por adaptarte cuanto antes a tu condición y no malgastes energía. Esto ya está siendo demasiado duro para ti como para que encima te crees problemas inexistentes.

—¿Tan malo es que no me lo quieres contar?

—Por última vez, Eduardo. Nada malo está pasando.

—Alguien me está buscando, ¿verdad?

—Sólo estoy siguiendo las normas de seguridad de tu abuelo. Ya te lo he dicho. Sus enseñanzas me

han sido muy útiles en el pasado y me han evitado muchos líos. Aunque tuviera delirios de grandeza, tu abuelo era una persona muy inteligente. Y una de sus normas era que, al enfrentarnos a un problema, debíamos plantearnos el peor escenario posible, y actuar como si ese escenario fuera real. Y eso es lo que estoy haciendo. Nada más. Lo más probable es que esté exagerando con tanta precaución. Pero prefiero pecar por exceso que por defecto. Tú estás en un momento muy vulnerable y no quiero que te hagan daño.

—Se trata del padre de Alba, ¿verdad?

—No, Leo Bataglio ya no supone un peligro para nosotros. Olvídete de él. Está en la cárcel y no va a salir de ahí en muchos años. Hay suficientes pruebas y testigos en su contra. Le declararán culpable. Y tú nos vas a ayudar a que así sea testificando que jamás viste ese detonador antes.

—Pero él sabe que yo soy un hombre lobo. Podría haberse puesto en contacto con otro cazador. Y ese otro cazador podría andar tras mi pista.

—Leo Bataglio era un cazador solitario. Dudo que le haya revelado tu secreto a nadie. Y, aunque así fuera, ¿cómo te iban a localizar? No olvides que yo estoy muerto. Mauricio Carrasco se cayó por un precipicio hace diez años. No hay forma humana de que le relacionen conmigo. Ahora tengo una nueva identidad. Y si no me encuentran a mí, es imposible que lleguen hasta ti.

—Pero podrían estar vigilando a la tía Sara.

—Lo sé. Por eso no la hemos visto desde que saliste del hospital. Y pasará mucho tiempo antes de que podamos volver a verla.

—Entonces, si Leo Bataglio no es un peligro, ¿por qué me tienes que esconder así? ¿Por qué, cuando me llevas a la casa grande para transformarme, lo haces a las tres de la madrugada, como si fuéramos ladrones? ¿De qué tienes miedo?

—Ya te lo he dicho, hijo, sólo estoy siguiendo las normas de seguridad de tu abuelo. Y tú deberías hacerme caso y concentrar tus energías en adaptarte a tu nueva condición. Darle tantas vueltas a las cosas no te está haciendo ningún bien. Mira cómo te alteras.

—Papá, me paso el día solo. ¿Qué otra cosa puedo hacer aparte de darle vueltas a las cosas? Hace tres días que no te veía.

—¿Sigues sin hacer amigos en el instituto?

—¿Cómo voy a hacer amigos? Son unos salvajes.

—Ten más paciencia. Ya verás como encuentras a algún chico que está bien.

—Tú no los conoces, papá. Son lo peor. A veces me dan ganas de...

Eduardo no acabó la frase. Apretó las mandíbulas con fuerza y desvió la mirada hacia la ventana. Una vena palpitaba en su sien. Mauricio Carrasco se fijó en la mano que su hijo había apoyado sobre el muslo. Tenía los nudillos hinchados.

—¿Cómo llevas lo de los ataques de ira? —le preguntó.

Eduardo tomó aire y asintió levemente.

—Bien... —dijo.

—¿Te has peleado con alguien?

Eduardo se volvió hacia su padre y vio que estaba mirando su mano. El chico cerró el puño y se examinó los nudillos.

—Estuve dándole al saco en el gimnasio —dijo.

—Bueno, siempre es mejor que pegarle una paliza a la nevera, ¿no? —bromeó Mauricio.

Eduardo no sonrió. Agachó la cabeza y volvió a examinarse las manos. El incidente de la nevera le tenía muy preocupado. La semana anterior había perdido la cabeza durante unos minutos y había destrozado la nevera a patadas y puñetazos. Había llegado al extremo de arrancarle la puerta y volcarla, desparrramando todo su contenido por el suelo de la cocina.

—Ya te lo he dicho, hijo. Cuando nos transformamos, necesitamos dejar suelta a la fiera que llevamos dentro, es imprescindible que corra, que cace. Sólo así conseguimos apaciguarla y que nos permita vivir tranquilos durante un tiempo. Y, hasta ahora, tú te has transformado en el sótano de la casa grande, con lo que no sólo no consigues agotarla sino que frustras sus necesidades más básicas. Eso genera una enorme tensión, y esa tensión te provoca los ataques de furia. Lo que intento decirte es que esa ira no sólo es normal, sino que es pasajera. Muy pronto estarás listo para transformarte en el bosque, y entonces verás cómo ese odio que tanto te inquieta desaparece poco a poco.

—Llevas semanas diciéndome que muy pronto me podré transformar en el bosque, pero me sigues encerrando en ese sótano. Estoy harto.

—No podemos correr riesgos, Eduardo. La fiera que llevas dentro es muy poderosa. Y todavía no consigues controlarla. Si se desbocara allí fuera, sería capaz de cualquier cosa. Incluso podría atacar a un humano. Pero, en cuanto estés listo, te llevaré al bosque.

—¿Y eso cuándo será?

—Pronto.

—Necesito que sea pronto de verdad, papá. No puedo más.

—Claro que puedes. Lo estás haciendo muy bien. Además, te prometo que a partir de la semana que viene, pasaremos mucho más tiempo juntos.

—¿En serio?

—Sí, en serio. Si es necesario, me instalaré aquí contigo. Hasta entonces necesito que seas fuerte. Voy a ausentarme de la ciudad durante algunos días.

—¿Algunos días? ¿Cuántos?

—No lo sé, hijo. Dos o tres..., cuatro como máximo. Necesito localizar a tu tío Alberto, y no sé dónde se ha escondido. Cuando Leo Bataglio te disparó, tuvimos una pelea y desde entonces no le he vuelto a ver. Pero lo encontraré. Alberto es bastante previsible. Tiene debilidad por los apartamentos de esquí fuera de temporada. Y hace cosa de un mes noté que alguien había entrado en casa mientras estaba fuera. Sospeché enseguida que había sido él y, cuando fui a su cuarto, vi que se había llevado su ropa de abrigo. Así que todo cuadra. Debe de estar en la montaña.

—Déjame que te acompañe.

—No, tú tienes que ir al instituto. Además, no quiero que te acerques a tu tío.

Eduardo miró a su padre un instante en silencio.

—¿Todo esto es por el tío? —preguntó—. ¿Es él quien me quiere hacer daño?

—No. Pero podría hacerte daño sin pretenderlo.

—¿Por qué no me cuentas lo que está pasando?

—Haremos una cosa. Si me prometes que serás

fuerte durante estos días, a la vuelta te lo contaré todo. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Entonces ven aquí y dame un abrazo.

El chico se levantó y abrazó a su padre.

—Y tranquilo —le dijo Mauricio mientras le apretaba con fuerza contra su pecho—, estaré de vuelta antes del sábado. No me perdería tu cumpleaños por nada del mundo.

A Eduardo se le escapó una sonrisa. Había temido que su padre se olvidara de su cumpleaños, pero, por pudor, no se había atrevido a recordárselo.